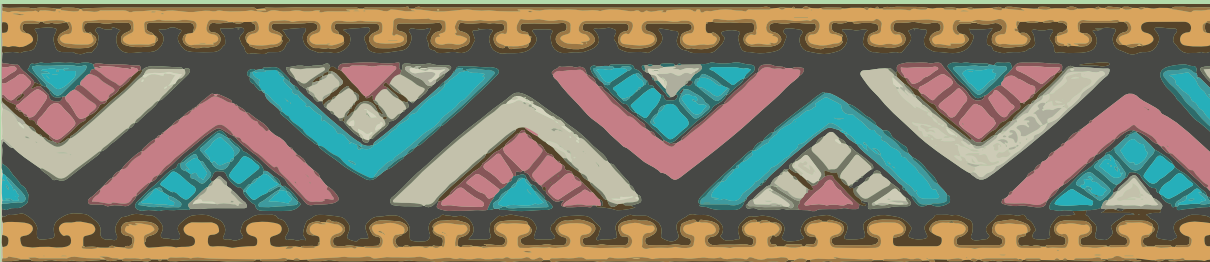


Comisión de Género en la COCOMACIA

Las mujeres en la gestión del territorio en el
Medio Atrato



Investigación y compilación

Natalia Quiceno Toro, Adriana Marcela Villamizar Gelves, Andrea García Becerra, Ana María Henao Buitrago, Isabel González Arango, Camila Salamandra Arriaga.

Fotografía

Federico Ruiz - <http://federicoruiz.com>, Adriana Marcela Villamizar, Natalia Quiceno Toro, César Romero - @cesar.com, Germán Arango “Luckas Perro”.

Corrección de estilo

Miguel Botero

Diseño y diagramación

Alicia Reyes Londoño
Valentina Neira Yezpez

Con apoyo

Universidad de Antioquia, Fondo Primer Proyecto CODI Vicerrectoría de Investigación, Vicerrectoría de Extensión (Buppe Innovación Social), Unidad de Innovación, Instituto de Estudios Regionales, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, Pontificia Universidad Javeriana, Artesanías Choibá, Artesanías Guayacán, Seglares Claretianas Medio Atrato, Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, COCOMACIA, Cantadoras de Bojayá, Pastoral Social Diócesis de Quibdó, Fundación Universidad de Antioquia.

ISBN

Impreso: 978-958-5596-05-4

Digital: 978-958-5596-06-1

Impresión

Impregón, <https://impregon.com/>

2019

www.iner.udea.edu.co



Presentación

“Las mujeres negras han estado siempre presentes en las luchas por la liberación y por la dignidad de los pueblos afrodescendientes en las Américas. Su papel activo en las reivindicaciones afrodiaspóricas se ha reconocido algunas veces, mientras que otras se ha invisibilizado e incluso negado. En Colombia es necesario reconocer los múltiples aportes económicos, políticos y culturales que han hecho y hacen las mujeres negras a la imaginación y construcción de la vida y nuevos mundos. Esfuerzos por reconocer y teorizar estas prácticas son evidentes en los trabajos de Mara Viveros, Juana Camacho, Nina de Friedeman, Aurora Vergara, Betty Ruth Lozano, Paula Balduino, Libia Grueso, Doris Lamus, Charo Mina, Natalia Santiesteban y un creciente número de mujeres negras líderes, parteras, científicas, intelectuales e investigadoras que han expandido estas preguntas en diversas regiones del país y campos de la ciencia.

Estas historias son el resultado del proyecto *Caminos y cantos de lucha: trayectorias de mujeres Atrateñas* desarrollado desde el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en alianza con la Universidad Javeriana de Bogotá y varios colectivos de mujeres en el Atrato: Artesanías Choibá, La Red departamental de Mujeres Chocoanas, La Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, Las Seglares Claretianas en la ciudad de Quibdó, y Artesanías Guayacán y el grupo de Cantadoras de alabados en el Municipio de Bojayá. El proyecto fue financiado por el Comité para el desarrollo de la investigación de la Universidad de Antioquia CODI desde el fondo apoyo a primer proyecto.

La propuesta central de este proyecto fue recopilar voces y recorridos de las mujeres Atrateñas para reconocer las formas y oficios desde los cuales se ha resistido a la guerra y otras violencias. En la reconstrucción de las trayectorias de los colectivos de mujeres en el Atrato se hacen evidentes las formas como los procesos de transmisión de saberes ancestrales tienen hoy continuidad más allá de los territorios de procedencia y se actualizan articulados a las luchas cotidianas.

Las Atrateñas crean constantemente nuevos planos temporales y espaciales de resistencia desde el canto, la organización, la defensa del territorio, el cuidado, el trabajo con la familia, el trabajo textil y la cocina. Sus múltiples posiciones para resistir a la guerra, al machismo a la explotación laboral, al sexismo, entre otros modos de opresión, nos interesaron como claves de lectura. Diversos modelos de organización y articulación aparecieron como alternativas para hacer visible el trabajo colectivo y la experiencia de las mujeres en este territorio.

Colectivos de artesanas, comisiones al interior de las organizaciones étnico territoriales, redes, comités y plataformas hacen las veces de arquitecturas para acoger y crear nuevos espacios donde las mujeres imaginan alternativas para la vida en medio de condiciones de precariedad y conflicto armado. Los caminos, ríos y lugares que se configuran en relación con las historias de estas mujeres son muy diversos, sin embargo, todas tienen en común un río, el Atrato.

Las trayectorias y movimientos de estos colectivos hablan de relaciones, pero no solo de relaciones con el espacio que se transita o los caminos que se recorren. Se trata de relaciones y trayectorias que hacen a las mujeres, configuran sus vidas, cuerpos y memorias. A su vez, esas relaciones crean lo que podríamos llamar “redes de cuidado” o redes de lucha. En el Atrato fue constante que una mujer nos llevara a otra, que de las organizaciones de víctimas o defensoras de derechos humanos pasáramos a un grupo de tejedoras y artesanas, a una mujer pescadora o una cantadora. Son redes que crecen a medida que los conflictos, despojos y amenazas en la región también crecen. Fueron muchas las mujeres que podríamos seguir contactando, conociendo y de las cuales podríamos seguir aprendiendo, pero tocaba parar, volver y hacer un zoom sobre algunas de estas historias para escuchar con atención lo que ellas nos enseñan.

En esta serie de cuadernos quisimos acercarnos a las historias de esos colectivos, pero a su vez privilegiar las voces de algunas de sus representantes, comprender cómo esas experiencias subjetivas se articulaban y hacían también los procesos organizativos. Sabemos bien que no todas están aquí retratadas, que faltan muchas historias por contar. Sabemos también que reconstruir las experiencias de las mujeres Atrateñas pasa por reconocer la diversidad étnica, el lugar de las mujeres indígenas y mestizas, sin embargo, este ejercicio constituye un primer acercamiento que evidencia la riqueza de sus trayectorias y lo poco que conocemos a las mujeres en el Atrato. Una motivación para continuar trabajando y, tal vez, seguir esta apuesta con nuevos colectivos, con mujeres jóvenes, mujeres indígenas y mestizas. ”

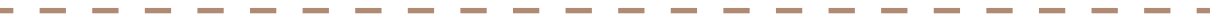
A la memoria de Marielle Franco por ser semilla de lucha de las mujeres negras en
Latinoamérica.

Cuando estábamos escribiendo estas pequeñas historias sobre las luchas cotidianas de las mujeres negras en el Atrato fue asesinada en un acto de terror y exterminio político la concejala de Río de Janeiro Marielle Franco, una mujer negra, feminista, socióloga de las favelas de Río, luchadora incansable contra el racismo y el orden biopolítico que autoriza el exterminio de la población negra. Ella, que optó con coraje por la vida pública, la política desde la primera fila, se negó a ser cómplice de la intervención militar decretada en la ciudad de Río de Janeiro a comienzos de 2018. Contra una vida militarizada luchó hasta que un arma, de ese gran aparato militar que es el Estado, acabó con la suya. Su legado está en cada mujer negra que sigue luchando por un territorio sin minas, un barrio sin tanquetas, un río sin bloqueos.

Y hoy, 2019, nos seguimos preguntando

Quem mandou matar Marielle?

A la memoria de las pioneras Atrateñas



La primera vez que la señora Encarnación Machado oyó sobre la posibilidad de una organización fue en 1985. “La propuesta era defender los recursos naturales y reconocer la raza de uno, que nunca ha tenido reconocimiento”. A esa primera reunión en Buchadó, su pueblo, muchos no asistieron creyendo que se trataba de una reunión de la Iglesia, pues había muchos misioneros, entre ellos los Verbitas y el padre Gonzalo de la Torre. Luego todos entendieron que la propuesta era articularse, trabajar en colectivo y defender lo que habían construido juntos por siglos en ese territorio. Encarnación fue una de las primeras mujeres en la junta directiva, cuando la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA) aún no se había transformado en Consejo Comunitario (COCOMACIA). Después fue Fanny Rosmira Salas, la primera mujer en ejercer como representante legal de la organización, entre 2012 y 2016, quien retomó ese legado de las mujeres y continuó con la tarea de “hacerle entender al gobierno que en esta selva había humanidad”. A partir de allí se han seguido enfrentando los nuevos retos, siempre desde la búsqueda del reconocimiento del pueblo negro, la defensa de los recursos naturales, la vida, el territorio, los derechos humanos y desde las nuevas luchas en contra de la guerra y el extractivismo, entre otras.

La organización nació a mediados de los ochenta con el objetivo de defender los recursos naturales, debido a la invasión por parte de las empresas madereras, como Maderas Pizano y Maderas del Darién. Los objetivos luego se enfatizaron en la lucha por la defensa del territorio. Actualmente se lucha también por la vida desde todos los sentidos singulares concebidos en la región. Nevaldo Perea, en su libro *Soy Atrato*, recuerda que la última parte de la década de los ochenta fue de una intensa movilización y de mucho análisis de las realidades por parte de las comunidades negras. Una conclusión potente indica que la “libertad” alcanzada tras la abolición de la esclavitud no le dejó otro camino a los “ancestros” que seguir trabajando “la minería y la agricultura” en esas mismas tierras. Existían, sin embargo, leyes como la 2 de 1959 que declaraban baldíos nacionales los territorios del Pacífico, legitimando así el desconocimiento de las comunidades negras como habitantes y parte integral de la región. Este tipo de análisis promovió la idea de que el problema no era solo de defender los recursos naturales, sino la existencia misma de las comunidades negras y, en especial, el reconocimiento de sus territorios.

“La propuesta era defender los recursos naturales y reconocer la raza de uno, que nunca ha tenido reconocimiento”.



“La irrupción y el fortalecimiento de lo étnico y de la diferencia cultural en la organización colectiva del Medio Atrato coincidió con el recrudecimiento de la violencia política en esta región (...)”

Más tarde, en los años noventa, lo campesino y lo espiritual establecieron fuertes diálogos con lo étnico y lo ambiental. La irrupción y el fortalecimiento de lo étnico y de la diferencia cultural en la organización colectiva del Medio Atrato coincidió con el recrudecimiento de la violencia política en esta región, con las operaciones militares, con los enfrentamientos entre Ejército, paramilitares y guerrilleros por el control territorial en el río Atrato, con los desplazamientos masivos de las comunidades negras y campesinas y, especialmente, con los asesinatos de líderes religiosos y comunitarios, que habían sido muy importantes en el trabajo de la COCOMACIA.

La ACIA representa un ícono en la lucha de las comunidades negras en Colombia. Su trabajo en la movilización fue fundamental para que el Artículo Transitorio 55 fuera incluido en la Asamblea Constituyente del 91. De allí nació la Ley 70 de 1993, que reconoció el derecho de las comunidades negras a la autonomía y a la propiedad colectiva de la tierra. Este proceso tiene una larga historia, pero uno de los momentos más destacados fue en 1996, cuando se consiguió la titulación de casi ochocientas mil hectáreas como territorio colectivo de 124 comunidades negras de la región del Medio Atrato.

La historia de la COCOMACIA está conectada con la de otros colectivos como las Comunidades Eclesiales de Base (CEBS), las Seglares Claretianas y, en general, con la labor de todos los equipos misioneros y las organizaciones campesinas que para la época hacían parte del Medio Atrato. Sin embargo, siempre que se pregunta por el lugar que ocupan las mujeres en los procesos organizativos, todas coinciden en que ha sido una labor poco reconocida y valorada, tanto a nivel de la región como del país. Frente a ese desconocimiento es que nace la Comisión que busca hacer visible el tema de género al interior de la propia organización y dar protagonismo a los aportes que las mujeres han realizado en más de 30 años de lucha en la región.



“La Comisión de Género nace en el año 2000 como un grupo de trabajo interno de la COCOMACIA centrado en visibilizar la situación de derechos sociales, económicos, políticos y territoriales de las mujeres campesinas que habitan la región del río Atrato y sus afluentes”. La Comisión se reconoce por su lucha en cuanto a la equidad de género, es decir, por garantizar las condiciones y las oportunidades de participación, incidencia y toma de decisiones por igual entre hombres y mujeres.

Las mujeres que hoy conforman la Comisión de Género recuerdan a lideresas como Victoria Torres, Zulama Cornelia Chaverra, Teresa Moya, Encarnación Machado, Justa Germania Mena Córdoba y otras como pioneras en la lucha por el reconocimiento del rol de las mujeres en los procesos organizativos campesinos y étnicos. Muchas de estas mujeres animaron trabajos colectivos, en alianza con otros grupos como las Seglars Claretianas, para movilizarse en sus comunidades alrededor de temas como la salud, la panadería, las tiendas comunitarias y los grupos juveniles. Estos procesos de participación motivaron la creación del área de género dentro de la organización con el objetivo de “fortalecer las capacidades de las mujeres para la participación social, económica y política dentro del proceso organizativo”.



Son varios los hitos que han marcado la historia del trabajo que han realizado estas lideresas en el Atrato. La primera asamblea de mujeres llevada a cabo en el año 2001 en la comunidad de Tutunen-do convocó a más de 200 mujeres. En esta asamblea histórica se conforma oficialmente la Comisión de Género con dos representantes de cada una de las 9 zonas del territorio de la COCOMACIA. Otro hito clave tiene que ver con la Ley 1257, la cual dictó normas de sensibilización, prevención y sanción de formas de violencia y discriminación contra las mujeres. A partir de esta Justa Germania Mena Córdoba, del Río Beté, emprendió un arduo trabajo en diversos ríos y zonas del territorio colectivo para socializar y sensibilizar a las comunidades respecto al tema de violencia y discriminación. Este momento fue una oportunidad de incorporación de una perspectiva de género en el trabajo organizativo y de gestión de este territorio étnico. Así mismo recuerdan especialmente el 2016 cuando el Ministerio de Cultura reconoció a la comisión de género por su aporte y contribución en la salvaguarda de los sistemas culinarios y la biodiversidad en el Pacífico colombiano.

Actualmente la Comisión está integrada por 7 mujeres Carmen Aides Navia, Jenny Palacio Romaña, Rubie-la Cuesta Córdoba, Ana Rosa Eredia Cuesta, Julia Susana Mena Moreno, María del Socorro Mosquera Pérez y Luz Adonis Mena Becerra. “Hoy en día la Comisión de Género es un espacio de formación, facilitación, asesoramiento, orientación a mujeres campesinas desde las mismas mujeres. Se ha convertido en un tejido de amigas, consejeras, constructoras de paz y defensoras de los derechos de las mujeres de los 124 consejos comunitarios” Con más de 17 años de trayectoria son muchas las historias y mujeres que han protagonizado la lucha. Sin desconocer ese trabajo colectivo, en este texto nos acercaremos a las historias de varias mujeres que han hecho parte de la Comisión o de la organización para hacer visibles sus trayectorias y experiencias.





Conoceremos un poco de la historia de Oliva Mena Romaña de la comunidad de Piedra Candela en el río Bojayá, Ana Rosa Heredia Cuesta de la comunidad de San José de la Calle, Lucely Rivas Espinosa de Buchadó, Luz Adonis Mena de Altagracia en el río Mungidó y Rubiela Cuesta de la comunidad de Pacurita. Ellas han trabajado desde diversos lugares por la participación y el reconocimiento de la mujer atrateña, estableciendo y desarrollando enfoques de género que incluyen a las mujeres negras y campesinas en los niveles centrales y comunitarios de la organización. Ellas hacen parte de la COCOMACIA, de las memorias y del presente de este importante Consejo Comunitario del Atrato que representa a la gente negra.

Oliva Mena Romaña

Piedra Candela - Río Bojayá

Doña Oliva recuerda su infancia en compañía de su abuela. Con ella mantuvo estrechos lazos afectivos y de apoyo material. Su abuela la sostuvo económicamente, le brindó estudios, celebraciones y vestidos tan importantes como el de la primera comunión. Doña Oliva habla también de su relación con la tierra, con los cultivos de arroz, caña, plátano y maíz, que desde niña ha sembrado, cuidado y cosechado en compañía de su familia: su abuelo, sus maridos e incluso las contrarias. En el relato de doña Oliva hay un vínculo muy estrecho entre la agricultura y la familia. Como si los lazos de parentesco fueran algo cultivado colectivamente, al igual que el arroz, el maíz y el plátano. “Yo tuve una buena crianza”, afirma continuamente a lo largo de su relato.

Los cerdos y las gallinas que corrían libremente por las calles de Piedra Candela y de La Loma, así como la carne de monte, producto de la cacería, eran una base fundamental de la alimentación. También la abundante pesca en el río Bojayá de especies como la doncella, el bocachico, el dentón y el bagre pintao. Desafortunadamente, ya no se ve nada de esto debido a la guerra, al control armado en los ríos, las selvas y los pueblos, al desplazamiento y a la urbanización de la población que ha generado el conflicto en el Atrato, a la minería y sus efectos en los ecosistemas, y a la devastación ambiental de bosques y cuerpos de agua. Es por esto que los conflictos con que tienen que lidiar las comunidades del Medio Atrato son múltiples e impactan a diversas escalas: en los cuerpos, las emociones, los territorios, el parentesco, la subsistencia y la organización social.



“Oliva cuenta muchas historias con sus contrarias, historias de amistad y de siembra colectiva de arroz, historias de cohabitación en un mismo hogar, o historias de tensión e incluso de traición”.



Oliva hace referencia a los entenados y a las contrarias. Los entenados son niños o niñas nacidos en otras familias que empiezan a ser criados como hijos y hermanos de un nuevo grupo familiar, a participar de los vínculos de parentesco que implican cuestiones afectivas, materiales, espaciales, económicas y políticas. Se convierten en hijos, hijas, hermanos o hermanas por la cohabitación en un hogar y por las relaciones sociales que implica el cuidado. Las contrarias son las demás mujeres del marido, del hombre con quien se tiene hijos o se ha tenido hijos, con el que se tiene o tuvo una relación amorosa. Las relaciones con las contrarias pueden ser de amistad u hostilidad, de cooperación o disputa, de cercanía o lejanía, ya sea en términos sociales o espaciales. Doña Oliva cuenta muchas historias con sus contrarias, historias de amistad y de siembra colectiva de arroz, historias de cohabitación en un mismo hogar, o historias de tensión e incluso de traición.

Oliva empezó a ser lideresa en su comunidad hace muchos años. Quizá en los años setenta, o en los ochenta, ya no lo recuerda con certeza. Pero en todo caso fue gracias al trabajo en salud y al trabajo espiritual. Empezó tomando muestras de sangre y haciendo análisis de paludismo en su pueblo. Se relacionó con las Agustinas Misioneras y con sus actividades espirituales y comunitarias, que influyeron tanto en los procesos organizativos de las comunidades negras del Medio Atrato. Después empezó a viajar por el río Atrato y por distintas zonas del Chocó en representación de las mujeres de su comunidad de Piedra Candela, apoyando las actividades de la organización colectiva, que en ese momento era la ACIA (Asociación Campesina Integral del Atrato).



Ella es reconocida en todo el río Bojayá por haber persistido en su apuesta por el trabajo colectivo. Cuando los procesos organizativos se debilitan, cuando la gente solo quiere resolver su problema personal dentro de la casa, ella insiste en la necesidad de pensar y de hacer algo juntos, de encontrarse con otros para aprender cosas nuevas y poder acompañarse en las luchas. Los años, sin embargo, han llegado con nuevos dolores. Las huellas de una vida de trabajo y movimiento ya se sienten en el cuerpo y no le es tan fácil embarcarse como antes. Con todo y eso, está presente en cada reunión de su zona y su comunidad, en cada capacitación para aprender de tejido, paz, cultivos, participación, canto y, en general, en cada espacio donde haya que animar y mover al pueblo o a la familia: la fiesta patronal de la virgen de la Candelaria en Piedra Candela, algún velorio, una novena, la conmemoración de la masacre de Bellavista y las luchas por recuperar la paz en su río, entre otros.

Ana Rosa Heredia Cuesta

San José de la Calle – Río Atrato



Ana Rosa Heredia Cuesta es una de las primeras mujeres que encuentran los visitantes y campesinos que llegan a la sede de la COCOMACIA en la ciudad de Quibdó. Desde que nació la Comisión de Género de esta organización y autoridad étnico territorial, Ana Rosa supo que este era su lugar. Nació y fue criada en San José de la Calle, un corregimiento de Bojayá. Un lugar que recuerda como un pueblecito muy hermoso de pescadores a orillas del río Atrato, donde pasó una infancia muy feliz. Pese a sus trayectorias organizativas en Quibdó, sigue vinculada, material y emocionalmente con su pueblo de origen. Sus recuerdos de infancia son el estudio, los juegos y el aprendizaje, gracias a los maestros y a los mayores de la comunidad. Cuando habla de su infancia, Ana Rosa se emociona mucho, en una mezcla de sentimientos y recuerdos que la asaltan y que revelan de repente gestos de nostalgia.

Ana Rosa es hija del rapto de mujeres. Su madre fue raptada en el puerto de La Confianza en Quibdó y sus captores la llevaron Atrato abajo hasta San José de la Calle para luego casarla con un muchacho. De esa unión nació Ana Rosa y diecinueve hermanos más, de los cuales sobrevivieron catorce: siete mujeres y siete hombres. Más tarde, ella también fue raptada muy joven por un hombre brujo que la llevó Atrato abajo hasta Turbo (Antioquia). En su infancia y en su juventud, las mujeres circulaban como bienes de rapto e intercambio por el río Atrato. “Él no me pidió, él me robó”, dice Ana Rosa.

Desde los tiempos de la escuela, Ana Rosa Heredia Cuesta se ha interesado por la situación de las mujeres y ha intentado denunciar y revertir la desigualdad de género. Al tocar este tema recuerda un poema que recitaba y representaba en la escuela llamado *La desgracia en el hogar*. Ana Rosa interpretaba a una maestra pobre, maltratada física y económicamente por su esposo borracho. Ante ese mismo esposo borracho, ella se quejaba poéticamente de su desgracia como mujer, del abandono, de la violencia y el alcohol. Y en medio de su borrachera él le respondía: “¿Qué te pasa mujer? ¿Por qué estás tan solevada?”. Recordando este poema, siente que su interés por reivindicar el lugar de la mujer en su sociedad la ha acompañado desde muy temprano. En la actualidad, su trabajo desde la Comisión de Género de la COCOMACIA consiste en fortalecer la participación de la mujer en la organización, combatir la violencia contra las mujeres y construir territorios y comunidades afro con equidad de género.



Ana Rosa recuerda que se hizo joven mientras trabajaba en Turbo como empacadora en compañías bananeras, luego de que una buena mujer la rescatara de su captor. Allí construyó parte de su vida, su cuerpo, su autonomía y su belleza como mujer afro, imponente y “bonitica”. “Cuando yo llegué acá, venía toda bonita de Turbo”. “Venía bien vestida y cambiada”. Más tarde, cuando regresó a su comunidad, trabajó en una compañía maderera del Medio Atrato, donde cocinaba para los aserradores que tumbaban madera en el monte y exploraban los territorios que de este modo se sumaban a los procesos extractivistas, que supuestamente construyen nación y “civilizan” tierras. Rosa cuenta que la ACIA nació precisamente para oponerse a esa compañía y que logró expulsarla del Medio Atrato.

Ana Rosa se formó con las misioneras Agustinas y desde allí forjó su camino como líder comunitaria. “Al entrar en la escuela de salud, conocí lo que era la ACIA”. Allí se acercó al trabajo que realizaban y supo lo que era representar a las comunidades campesinas negras de esta región en los años ochenta y noventa. Y aunque ya participaban mujeres, no aparecían perspectivas del trabajo con ellas. “La ACIA nació con hombres y mujeres, pero trabajaban los hombres, las mujeres no”. En 2002 empezó a trabajar en Quibdó con un grupo que abordaba temas referentes a las mujeres en la COCOMACIA. Allí conoció a valiosas integrantes dentro de la organización afro del Atrato: Justa Germania, de Beté, y también a María del Socorro. Ana Rosa habla también de Victoria Torres, la primera en reunir a las mujeres de la región en torno al trabajo de la organización étnica. Menciona a Encarnación Machado, quien hizo unos cantos relacionados con el proceso organizativo durante el inicio de la COCOMACIA.



“La idea de equidad de género nos lleva a la participación de las mujeres en espacios tradicionalmente masculinos como lo político, lo organizativo y lo económico. Pero ¿qué pasa en cambio con la participación de los hombres en espacios tradicionalmente femeninos como el cuidado del hogar o el los niños y las niñas?”

Ana Rosa cuenta que al principio el trabajo en Quibdó y en las demás comunidades fue muy difícil y demandante. “Yo era débil del cerebro y Justa Germania me dijo: toma, tienes que leer todo esto. Íbamos a las comunidades y se reían de nosotras... Los curas tenían que pedir respeto”. Más tarde empezaron a trabajar con DIAKONIA en proyectos relacionados con las necesidades productivas de las mujeres: en tiendas comunitarias, pollos, cerdos, trilladoras y trapiches. “Yo siendo mujer y no sabía por ejemplo qué era género”, confiesa. Empezaron entonces a trabajar organizada y sistemáticamente en torno a los derechos de las mujeres y a su ejercicio.

La idea de equidad de género nos lleva a la participación de las mujeres en espacios tradicionalmente masculinos como lo político, lo organizativo y lo económico. Pero ¿qué pasa en cambio con la participación de los hombres en espacios tradicionalmente femeninos como el cuidado del hogar o el los niños y las niñas? Tal vez esto sea aún más difícil. Por eso Ana Rosa cuenta que hacían una escuela de equidad de género, donde ponían a los hombres a cocinar mientras que las mujeres astillaban la leña.

Ana Rosa siente nostalgia. Dice que el trabajo ahora no es igual al de antes. Hay grandes problemas de financiación, no hay salarios para ellas, ni dinero para transportarse por las comunidades y trabajar con las mujeres del Medio Atrato. Afortunadamente, aún mantiene fuertes vínculos con su pueblo y el trabajo al interior de la organización y su grupo de mujeres la sigue animando día a día. Asiste a los entierros para encontrarse con sus parientes y amigos, sin falta cada año en marzo viaja a su pueblo a las fiestas de San José.



Lucely Rivas Espinosa

Buchadó – Río Atrato

En 2014, la página web Memorias del Atrato ganó el premio Amparo Díaz a mejor medio de comunicación comunitario. Su directora es Lucely Rivas Espinosa, proveniente de la comunidad de Buchadó, en el municipio de Vigía del fuerte. Nació en 1982. Es hija de Arsecio Rivas Mena y de Josefina Espinosa Blandón. En la actualidad vive en Quibdó.

Cuando era pequeña, veía cómo su padre ejercía un notorio liderazgo. Iba a las asambleas y a las reuniones de los consejos comunitarios, participaba de las actividades de la ACIA y hasta “se metía en problemas por estar tan metido en eso”. Siendo niña, nunca entendió el entusiasmo de su padre por esos temas. Ya en la juventud, en cambio, empezó a involucrarse con la COCOMACIA y comprendió muy bien lo que su padre hacía y por qué lo hacía.





Cuando Lucely se fue a estudiar a la Universidad de Quibdó, fue invitada por Ana Rosa Heredia para que asistiera a las reuniones y supiera de qué se trataba el mundo del activismo. Las mujeres de la organización de inmediato percibieron en Lucely el espíritu fuerte y el carácter necesario para pertenecer a la organización. Es allí que Lucely decide formar parte activa de la COCOMACIA y se integra a la escuela de lideresas, donde aprendió distintas ideas sobre lo que es el género, el feminismo, la igualdad y la equidad. Esta escuela fue creada para que las mujeres del Atrato aprendan a empoderarse de los espacios políticos que ocupan. Gracias a ello Lucely pudo formarse sus propias ideas y las convicciones que la guían.

Ella cuenta por ejemplo que antes era usual que las mujeres que formaban parte de los procesos comunitarios siguieran una dirección masculina, pero que poco a poco esas cosas han cambiado:

“ Las mujeres no han tenido muchos espacios, pero poco a poco, a través de las luchas que se han hecho, se ha logrado que las mujeres estén en los espacios de toma de decisiones y que en el hogar se tenga una visión diferente del rol que cada uno cumple como ser humano. Ya sea como hombre o como mujer. Era usual que incluso las mujeres dijeran que ellas mismas debían estar en el hogar y que el hombre, en el monte. Pero cuando uno se pone a reflexionar se da cuenta de que así como los hombres tienen sus espacios para ir a reuniones de la COCOMACIA, las mujeres también pueden hacerlo porque tienen el mismo derecho de estar en las reuniones, de conocer el proceso y también pueden adquirir grandes responsabilidades para colaborar en lo que se necesite ”



Lucelly actualmente integra el equipo de comunicaciones de la organización y si bien no pertenece oficialmente a la Comisión de Género, considera que este es un tema por el que se debe trabajar desde todas las instancias y ese es su rol desde el trabajo en la radio y las plataformas de información donde busca crear espacios para que otras historias sean narradas. A partir de lo ocurrido el 2 de mayo de 2002 en Bojayá, la comunidad veía con tristeza cómo los medios de comunicación que iban solo se interesaban en hacer un reportaje o en contar una historia para luego irse sin dejarle nada a la comunidad. Debido a esto, las comunidades de Bojayá se reunieron y concluyeron que necesitaban un medio de comunicación propio, dirigido por ellos mismos, en el cual se contarán no solo las historias de Bojayá, sino todas las que habían ocurrido a lo largo del río Atrato. Así nació la página Memorias del Atrato de la cual Lucelly es administradora en la actualidad.





Las personas empezaron entonces a contar sus historias. El proyecto se articuló enseguida con otro de alfabetizaciones digitales y gracias a eso empezaron a construir toda una gran plataforma. Fue así como Lucely, una licenciada en lenguas, pudo formarse cotidianamente en el campo de la comunicación. Más tarde y sin grandes expectativas de salir ganadora, se inscribió al concurso Amparo Díaz a mejor medio de comunicación comunitario. Al principio no creyó que fuera a ganar, porque la competencia era fuerte y había muchos medios inscritos. Pero, un día, sin imaginarlo, la llamaron de Bogotá a decirle que estaba entre los quince finalistas del concurso. Eso ya era una ganancia. Pero faltaba más. Al poco tiempo la llamaron para avisarle que la página había quedado entre los tres finalistas y que ella debía viajar a Bogotá para la premiación. Al final, Memorias del Atrato fue declarada ganadora y, con ello, todo un esfuerzo fue reconocido, incluidos todos los problemas que tuvieron que sortear para acceder a los rincones más difíciles de la selva chocoana y poder llevar las historias a una plataforma digital con tan escasa infraestructura de comunicación. Lucely dice que aún queda mucho por hacer. Pues aun cuando el premio fue otorgado por reconocidos periodistas del país, todavía hay mucha gente en comunidades como Bellavista o Vigía del fuerte que no ha podido ni siquiera leer la historia que contó porque no hay internet o acceso a computadores o alguna iniciativa que permita que esta labor sea retribuida en su totalidad a las comunidades del Atrato.

Lucely también ha apoyado a la emisora de la organización que cuenta con su propio equipo de comunicación, especialmente en dos programas: uno llamado *Recreando la tarde con COCOMACIA* y otro llamado *COCOMACIA, opción por la vida*. Esta iniciativa ha salido adelante pese a los problemas con la señal de radio. Lucely está convencida de que la lucha por la equidad no se limita a un componente de la organización, sino que, por el contrario, la atraviesa toda. Se reconoce como una defensora de los derechos de la mujer y uno de sus deseos es que en cada área de la COCOMACIA haya presencia femenina. Pero no de cualquier tipo. Considera importante defender a las mujeres en general, pero siendo consciente de que aquellas que trabajen en el proceso comunitario organizativo deben tener unas buenas bases. Por eso no apoya a las mujeres por el simple hecho de serlo, sino que mira también la mentalidad y las capacidades que cada una tiene para continuar y crear proyectos.



La convicción y la pasión por lo que hace son sellos evidentes en la vida de Lucely, que dedica tiempo, esfuerzo y conocimiento a su trabajo comunitario, a su trabajo como madre y su trabajo remunerado en el campo de lo que estudió. Por desempeñarse en tantas cosas, Lucely ha sido nombrada como “La Viajera”. Suele estar de un lugar en otro y obviamente tiene que ausentarse de su casa por largos períodos de tiempo para escuchar historias, recibir premios o acudir al llamado de su comunidad.



Luz Adonis Mena

Altagracia – Río Munguidó

Altagracia es una comunidad negra ubicada en el río Munguidó, municipio de Quibdó. Allí nació y se crio Luz Adonis Mena Becerra. Reconoce que tiene dos madres, una biológica y otra de crianza. Su madre murió cuando tenía tres meses de nacida y fue su tía Eulogia Becerra quien asumió la crianza. Su padre, no sabe quién es, nunca lo conoció. Solo sabe que es de los lados de Apartadó pues fue de allá de donde regresó su madre embarazada.





Adonis recuerda su vida en el Munguidó como una vida feliz “Una vida maravillosa porque uno en el campo disfruta hasta lo mínimo que la gente tiene, en el campo vivíamos en una comunidad donde no había nada de guerra, sino que todo era pacíficamente en mi comunidad, donde jugaba ronda en las noches, me bañaba en mi río, chupaba mi caña, me trepaba los árboles a coger marañones, era una vida totalmente diferente que la que tenemos ahora”. Cursó sus estudios de primaria en la Escuela Rural Mixta de Altagracia, cuando terminó ese primer ciclo se dio cuenta que a pesar de ser una comunidad rural muy cercana a la capital del departamento, las oportunidades para seguir estudiando se agotaban en su territorio y solo quedaba la alternativa de irse a Quibdó a estudiar el bachillerato:

“ Quería seguir estudiando y mi mamá me mandó a estudiar aquí a Quibdó. Me tocó muy duro sí, porque para estudiar tuve que trabajar en casas de familia, donde la gente se comprometía y le decía a uno que le iba a dar estudio y le daban de todo, pues todo lo que uno necesitaba, y cuando uno llegaba aquí a Quibdó ya la cosa era diferente. La gente se aprovechaba de uno, simplemente le daban el estudio y la comida, ya de comprarle ropa, no, nada, esa gente no respondía, es decir, lo explotaban a uno. Me tocaba trabajar, madrugar, despachar los hijos de la señora antes de irme para el colegio, tenía que dejarles el almuerzo hecho, cuando ellos llegaban tenían su almuerzo, y en las tardes que salía del colegio tenía que ponerme a lavar los platos que dejaban sucios, otra vez hacerles la cena, y antes de acostarme tenía que dejar la cocina limpia para el otro día madrugar otra vez a hacerles la comida

”

Después de terminar su bachillerato fue acercándose cada vez más a las acciones lideradas por la organización, comenzó a participar de las asambleas, encuentros zonales y finalmente selló su pertenencia y su interés cuando se vinculó a la “escuela de género” una escuela de dos años que marcó su formación como lideresa.



Adonis resume esta práctica, que aún sigue vigente, como una explotación disfrazada de colaboración. Una práctica que ha afectado principalmente a las mujeres rurales de su departamento “Toda mujer del campo que viene acá a Quibdó, que quiere salir adelante, tiene que someterse a ese trabajo tan duro, al trabajo doméstico para otros y sin remuneración”.

Al proceso organizativo llegó gracias a la trayectoria que construyó al interior de su propia comunidad. En Alta gracia se vinculó a trabajos colectivos especialmente en el tema de la infancia. Lideraba con sus compañeras celebraciones como el día de los niños, la navidad y también se articulaban para celebrar el día de las madres. Estas celebraciones y festividades fueron evidenciando sus capacidades para convocar y expresar sus ideas en público a través de poemas, versos y cantos. Fue así que se fue conociendo con los misioneros claretianos y con el proceso organizativo de la COCOMACIA. Después de terminar su bachillerato fue acercándose cada vez más a las acciones lideradas por la organización, comenzó a participar de las asambleas, encuentros zonales y finalmente selló su pertenencia y su interés cuando se vinculó a la Escuela de Género, donde estudió dos años que marcaron su formación como lideresa y le abrieron las puertas para trabajar y conocer su territorio más allá de las fronteras del río Munguidó.

Adonis recuerda la experiencia de formación en la Escuela de Género como un “abrir los ojos”. Desde su trabajo comunitario sentía que tenía elementos en temas como la Ley 70, los derechos territoriales, la convivencia pacífica, temáticas que también abordó la Escuela. Sin embargo, cuenta que cuando le hablaron de “equidad de género” su respuesta espontánea fue “¿Eso qué es? ¿Eso cómo se come?”. Las enseñanzas de formadoras como Cristina Pino marcaron su historia. Desde ese momento entendió que era necesario valorarse como mujer, reconocer los espacios de los cuales habían sido sistemáticamente excluidas e identificar las brechas que la sociedad le ha puesto a las mujeres para estar y participar en los espacios donde se toman las decisiones. La Escuela invirtió los roles como un experimento social que permitió reconocer tanto a hombres como mujeres la importancia del trabajo del cuidado y la necesidad de compartir esas labores cotidianas que han sido asignadas tradicionalmente a las mujeres.





Adonis reconoce que ese proceso no solo le sirvió para ser una mejor lideresa y apoyar las luchas por los derechos de las mujeres. Fue una formación que la transformó a ella misma como mujer. Aplica los principios de la equidad en su casa, con su esposo y su familia. Le enseña a los hombres y mujeres cercanos que los “oficios de la casa tienen que ser compartidos”. Cuando todos trabajan, al llegar a casa es más fácil si las labores se distribuyen y no se recargan solo en la mujer. Hoy reconoce que su marido es un gran cocinero y es un hombre consciente de esa necesidad de compartir las tareas del hogar, ha sido un gran aliado de la Comisión de Género y las acompaña a las comunidades cuando se hacen talleres para sensibilizar también a los hombres en estos temas.

Sin embargo, lamenta que no todos los hombres están dispuestos a transformar sus roles y reconocer a las mujeres desde la igualdad. Al interior de la organización han existido representantes que han apoyado fuertemente la Comisión de Género, pero también hay otros que consideran que las mujeres son “Para parir y cuidar la casa”. Transformar esa perspectiva ha sido una dura tarea al interior de la misma organización, pero que también ha dado importantes frutos como lograr que la junta directiva tuviera una representación de mujeres con un mínimo del 30% del total de sus miembros. O el logro de tener una representante legal mujer. Adonis recuerda que la reflexión que las motivó a lanzar una mujer a la representación legal fue reconocer que “COCOMACIA tiene 33 años y nunca ha estado una mujer en la representación legal”. Lo lograron y los resultados fueron tan positivos que Rosmira Salas fue reelegida por un periodo más.

Una mujer Aciática es aquella que pertenece a la COCOMACIA, la denominación viene de cuando el nombre era sencillamente ACIA. Como lo dice Adonis, las mujeres Aciáticas están comprometidas con la defensa del territorio, con la memoria de todo el proceso organizativo y en particular con el trabajo de empoderar a las mujeres.



Rubiela Cuesta

Pacurita - Quibdó



Rubiela Cuesta Córdoba nació en la parte baja del río Atrato, en Riosucio, pero siendo muy niña sus padres, Lino Cuesta Martínez y Martina Córdoba Buenaño, regresaron a Atrato arriba, de donde eran originarios. Martina, oriunda de Pacurita en Quibdó, trajo en un frasco los ombligos de sus hijos para enterrarlos en la boca de la quebrada Barranquito, es por esto que Rubiela se define como Quibdoseña, oriunda de la comunidad de Pacurita.

Pacurita es un corregimiento del municipio de Quibdó donde la gente ha vivido de la minería y la agricultura. Los abuelos de Rubiela vivían en las riberas del río, vivían a una hora del casco urbano de la comunidad, y en su parcela sembraban, cazaban, criaban animales y viajaban todos los fines de semana a abastecer a la comunidad con sus productos. Las cosas han cambiado, pero igual el pueblo sigue ahí, no están los mismos, pero los que están también han seguido el legado de los mayores de atender a la gente, ser solidario y participar en las actividades de la comunidad.



Recordar la infancia en Pacurita la llena de nostalgia, un tiempo “muy diferente a lo de hoy”, una vida libre, al ritmo del río y llena de juegos y comida:

“ No había tanta necesidad, los padres de uno nos criaron al ritmo de lo que pasaba en el momento, de la minería, la agricultura, todo era cómodo, barato, vivíamos al ritmo del río, al ritmo de los árboles, de las aves, aguas bonitas, limpias, donde uno bajaba al patio. Si quería matar una gallina, la mataba. Si los papás querían se iban al monte, traían la carne de monte. En ese entonces la vida era muy bonita, no teníamos tanta tecnología, pero se vivía muy bueno en el campo. Y uno jovenciaba como en ese ambiente libre, de correr, jugar, bañar, acostarse tarde jugando esos juegos tradicionales, que la champa, que el parque, que jugábamos también mucho dizque La Tuya, La Lleva, Compadre chamuscao cuántos panes hay en el horno, detrás de las casitas...eso era una locura. Los jóvenes en ese tiempo cuando yo me levanté, muy bonitos. Y aprovechábamos más cuando era luna...ay cuando era luna hacíamos rueda en esos parques, en los patios. Es que en el campo es muy bonito, la verdad es que uno se pone a mirar si a mí me preguntaran en estos momentos '¿Tú qué devolverías del tiempo?', devolvería para volver al campo, extraño totalmente la vida en el campo ”

“El trabajo comunitario, el liderazgo y el interés por cuidar lo común es una herencia que Rubiela recibió de sus ancestros”.



El trabajo comunitario, el liderazgo y el interés por cuidar lo común es una herencia que Rubiela recibió de sus ancestros. Recuerda especialmente a su abuela Graceliana Perea, una mujer comprometida con su pueblo al igual que Diomedes Córdoba Buenaño, su abuelo. Graceliana era famosa por preparar los alimentos en las fiestas, matrimonios, bautizos, en las celebraciones patronales como la de la Sagrada Familia y la de la niña María en diciembre, sus comidas y trabajos eran fundamentales. Era entonces nominada por la comunidad como la coordinadora de las fiestas patronales. De ese trabajo y espíritu fue aprendiendo poco a poco Rubiela y cuando se le pregunta por su trabajo en la COCOMACIA no duda en nombrar, antes que todo, el legado de la abuela Graceliana.

El padre de Rubiela siempre estuvo a favor de que todos sus hijos estudiaran, valorando la vida del campo nunca dejó de incentivar a sus hijos para salir a buscar nuevas oportunidades. Trabajó duro para hacer una casa en Quibdó donde los hijos pudieran vivir mientras hacían sus estudios y luego pudieran regresar, mejor preparados, al pueblo de Pacurita. La única condición que el padre le puso a las hijas mujeres para que estudiaran fue “Si van a estudiar no se pueden enamorar, porque la mujer cuando se enamora no estudia, y eso es uno gastar plata a una hija mujer, porque la hija mujer desde que inició el amorío, hasta ahí le llegó el estudio, entonces es mejor gastar plata al hijo hombre, que trabaje, se consiga lo de él, si la hija mujer no va a ser responsable con el estudio, no se le puede dar”. Justamente esa fue la historia de Rubiela, muy joven se enamoró, su padre se enteró y la retiró del colegio. Rubiela recuerda este tiempo como un momento clave que marcó los rumbos de su destino “Mi papá cuando se dio cuenta que era enserio la relación, me sacó del colegio, dijo ‘No voy a estudiar mujer para que le sirva a hombre y me haga perder mi plata, así que por lo tanto usted no estudia más’”. Para evitar los amoríos los padres mandan a Rubiela a la ciudad de Medellín a la casa de una pariente, en esa ciudad la única opción que encontró fue trabajar en una casa de familia. Seis meses trabajó como empleada doméstica sin tener todavía la mayoría de edad. Pero “El Cholo”, su enamorado, se enteró y hasta Medellín fue a buscarla, retomaron los encuentros hasta que queda embarazada y la familia se entera.



“ Trabajaba en una casa de familia, cuando le dijeron a mi papá. En ese entonces todo se hacía por carta. Entonces la prima, la que se dio cuenta que yo me mantenía con vómito, le mandó una carta a mi papá, que yo estaba vomitando mucho y que no sabían si era paludismo o era daño de estómago porque vomitaba de seguido, y ahí mismo mi papá le escribió a El Cholo, que qué pasaba conmigo, que si él me había tocado se tenía que casar conmigo, y él le contestó en una carta también 'No, si ella está en embarazo, yo respondo por ella, y dígame que tengo que hacer' . Mi papá le dijo 'Bueno, se va a Medellín, me la busca y si está en embarazo y me la trae aquí a su Quibdó'

”

A los 15 años Rubiela se casa con “El Cholo”. Tuvo seis hijos y desde ese momento no se volvió a desconectar de la vida de su pueblo. Recuerda que a su regreso le gustaba “Estar metida en todas las cosas del pueblo, de la comunidad”, tal vez por la herencia de la abuela, la gente la buscaba para que ayudara en todas las actividades comunitarias. Al principio su marido intentó frenar esa fuerza y liderazgo, pero como dice Rubiela, aunque “en ese tiempo no se hablaba nada de derechos de las mujeres”, ella tenía la chispa de la rebeldía y desde niña había cuestionado la sumisión de su madre, la misma que estaba dispuesta a no reproducir en su matrimonio.

Rápidamente Rubiela adquiere reconocimiento a nivel comunitario y después del nacimiento de su hija mayor, con apenas dos meses de nacida, le proponen ser parte de la Junta de Acción Comunal de Pacurita. Rubiela recuerda que fue uno de los abuelos mayores, de los sabedores del pueblo quien la postuló y la animó para que hiciera parte de la Junta, una labor que Rubiela desempeñó por nueve años y donde se continuó formando como lideresa de su comunidad.

En los años ochenta en las comunidades rurales se empezó a escuchar la propuesta de organización de la ACIA. Fue Rosmira Salas quien llegó por primera vez a la comunidad de Pacurita, llegó de la mano de los Claretianos a dar una charla sobre la organización y el territorio de las comunidades negras. Poco a poco se fue consolidando una red de encuentros y trabajo entre varias comunidades. Rubiela recuerda de manera especial la reunión que tuvo con Victoria Torres en la ciudad de Quibdó en un restaurante llamado Nieve, fue ahí cuando inició su vínculo formal con la ACIA. Rubiela Cuesta fue entonces la primera representante legal que tuvo Pacurita frente al ya constituido Consejo Comunitario Mayor en la segunda mitad de los años noventa. En ese proceso fue fundamental la fuerza y ejemplo que le dieron Rosmira Salas y Victoria Torres.

“Al principio su marido intentó frenar esa fuerza y liderazgo, pero como dice Rubiela, aunque “en ese tiempo no se hablaba nada de derechos de las mujeres”, ella tenía la chispa de la rebeldía y desde niña había cuestionado la sumisión de su madre, la misma que estaba dispuesta a no reproducir en su matrimonio”.



Han sido más de treinta años de trabajo, no ha sido fácil, en ocasiones siente que no se reconoce como debería el aporte de las mujeres. Dice que la COCOMACIA nació gracias al trabajo de hombres y mujeres. Sin embargo, “El arraigo en el poder lo han tenido los hombres”. Por eso su trabajo sigue siendo “Romper con esa cultura machista del mundo, porque no es el Chocó, esa cultura machista es del mundo entero. Lograr, que las mujeres estemos con voz y voto dentro del proceso”. En medio de las dificultades han tenido muchos logros “Ya hoy estamos reconocidas, tenemos el 30% en la junta, hoy podemos decir que en todos los períodos van tres mujeres a la junta, ya tuvimos representante legal, hacemos parte ya de los estatutos de COCOMACIA como área de género, y hoy estamos exigiendo que sea un eje transversal, que en todas las áreas de la organización esté enfoque de género”. Estos logros y los legados que Rubiela ha dejado en su comunidad la hacen sentir feliz por el trabajo realizado, un trabajo que la ha construido como mujer y le ha permitido enseñarle a nuevas generaciones otros modelos de ser mujer en el Atrato.





Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Fundación
Universidad
de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

